

Lógicas del otro lado: epifanía y pensamiento en los aforismos de Eduardo García

Logics of the other side: epiphany and thought in the aphorisms of Eduardo García

Erika MARTÍNEZ

Authors:

Erika Martínez
Universidad de Granada
erilamc@ugr.es
<https://orcid.org/0000-0001-6140-2677>

Date of reception: 18-10-2018

Date of acceptance: 28-04-2019

Citation:

Martínez, Erika, «Lógicas del otro lado: epifanía y pensamiento en los aforismos de Eduardo García», *Anales de Literatura Española*, n.º 32 (2020), pp. 159-170.
<https://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2020.32.10>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



Resumen

Poesía y aforismo dan cuenta, en la obra de Eduardo García, de lo inefable: una verdad profunda, vinculada a la vida y que se expresa en el espacio imaginal de la palabra. Es en ese buceo de la imaginación hacia la verdad donde ambos géneros confluirían. *Las islas sumergidas* trazan, con una pulsión epifánica e inmanente, una ascesis invertida más mítica que mística: una exploración simbólica e irracional del sentido que requiere de cierto enajenarse, salir de sí o hacerse otro, proceso en el que sus aforismos conectan con la figura del doble y con el mito secular del neofantástico. Lo oculto que invoca el aforismo se localiza en los extremos de una vía vertical que se dirige desde arriba hasta adentro, que convierte al tránsito en meta y cuyo nomadismo corta el cordón umbilical del absoluto apostando por lo que él mismo denominó una *trascendencia en la inmanencia*.

Palabras clave: aforismo; *Las islas sumergidas*; Eduardo García; estudios postseculares; neofantástico

Abstract

Poetry and aphorism give an account, in the work of Eduardo García, of the ineffable: a profound truth, linked to life and expressed in the imaginal space of the word. It is in that dive of the imagination towards the truth where both genres would converge. *Las islas sumergidas* trace, with an epiphanic and immanent impulse, an inverted ascesis more mythical than mystical: a symbolic and irrational exploration towards the meaning that requires certain alienation, exit from oneself or become another, process in which his aphorisms connect with the figure of the double and with

the secular myth of the neo-fantastic. The hidden dimension that the aphorism invokes is located at both ends of a vertical path that goes from the height to the inside, which turns the transit into a goal and whose nomadism cuts the umbilical cord of the absolute drafting what he himself called a *transcendence in the immanence*.

Keywords: aphorism; *Las islas sumergidas*; Eduardo García; postsecular studies; neo-fantastic

1. Mirar lo que se piensa. A modo de introducción

Decía Borges que la cultura es un invento griego que proviene del arte de conversar. O al menos así lo asegura Juan Villoro en *El ojo en la nuca*: «De pronto, un grupo de hombres decidieron algo extraño: intercambiar palabras sin rumbo fijo, aceptar las curiosidades y opiniones del otro, aplazar certezas, admitir dudas. De ahí proviene todo lo demás» (Stavans & Villoro, 2004:11). Muchos siglos después de aquella cháchara griega, no es extraño que las máximas de los moralistas franceses surgieran en salones parisinos como al que asistía La Rochefoucauld¹, quedando su práctica impregnada de una oralidad que determinó su carácter. Es en esos salones donde el intercambio provocador de la palabra y el peloteo de afirmaciones que apelan lúdicamente a la discusión fraguaron una de las variantes más fértiles del aforismo. Ahí donde arraigó uno de sus rasgos fundamentales: la discrepancia, un rasgo crítico que lo convierte en enemigo de los lugares comunes y lo opone radicalmente a otros géneros, en teoría afines, como las sentencias o los refranes que aspiran por antonomasia al asentimiento colectivo y el saber consuetudinario². A aquella vocación de rebatir, tan propia de los salones literarios barrocos y que todavía conserva el género, parecen aludir estas palabras: «Nada menos digno de confianza que aquello en lo que todos dicen concordar» (2014: 41). La afirmación es de Eduardo García y pertenece a su único libro de aforismos, *Las islas sumergidas*, que se publicó en el año 2014 en la editorial Cuadernos del Vigía. A lo largo de las páginas que siguen trataré de analizar algunas de las claves de este libro, centrándome en su puesta en crisis del idealismo inmanentista.

-
1. La Rochefoucauld asistía, en concreto, al salón que organizaba en su casa la Marquesa de Sablé o Madeleine de Souvré, autora de máximas y conocedora –por su manejo del español– del *Oráculo manual* de Gracián, que habría recomendado a La Rochefoucauld. Sabemos que de Souvré corregía las máximas de La Rochefoucauld, el cual llegó a escribirle: «Las sentencias no son sentencias sino después de haber sido aprobadas por Usted, no puede desaprobarnos todas porque hay muchas tuyas» (cfr. Roca Jiménez, 1999: 60).
 2. Como ha señalado Carmen Camacho, «esto sería, en sentido prístino, una paradoja (*para*, *contra*, *doxa*, opinión común)» (2018:20), siendo la paradoja una forma de pensamiento privilegiada en el seno del aforismo.

Por su deriva contemporánea, el aforismo parece un género inventado para un escritor como Eduardo García, que en *Una poética del límite* (2005) ya apostaba por un cruce entre la imaginación y un pensamiento «plástico, encarnado en imágenes» (14). Un pensamiento, de hecho, muy semejante al del aforismo en su forma asistemática, precaria y discontinua de afrontar la verdad de la existencia, el conocimiento, la creación o el amor. O sea, todo aquello que atañe a la filosofía y donde es posible adentrarse con herramientas tradicionalmente líricas. Igual que a la poética de García, al aforismo no le basta sin embargo con el uso de la razón: su asedio a las verdades de la experiencia vital recurre a menudo a la intuición, entendida como un atajo del pensamiento o como el ensamblaje abrupto de una vivencia largamente rumiada en el inconsciente³. Tiene en esto mucho de «verdad poética», en el sentido que le otorgaba García, que acostumbraba a contraponerla a la «razón objetiva» y su empeño en validarse discursivamente mediante una adecuación a lo que se observa y sucede. Frente a ella, la poética sería «una verdad secreta, un resorte perdido en nuestro interior, capaz de saltar con la chispa del poema» (2005:47).

Hoy en día hay aforistas que siguen cultivando las máximas morales, recurriendo a la clausura admonitoria y satírica de sus ideas; aforistas con inclinación por el fragmento romántico, cuyo pensamiento apunta de forma epifánica a la totalidad, o por el fragmento posmoderno, que no aspira a completarse; aforistas entregados al humor lúdico y ocurrente de ciertas vanguardias, o al más radical de los lirismos; pero sobre todo libros de aforismos donde, más allá de las dominantes, cabe un poco de todo. Puede decirse que *Las islas sumergidas* es un ejemplo de ese carácter misceláneo, aunque cultive con especial insistencia variantes ajenas al fanatismo centripeto. Donde otros apuestan por la síntesis, la concreción, la firmeza y la economía expresiva que se esperan del género, Eduardo García aspiraba al esbozo, el fragmento y la dispersión. Es como si sus aforismos mirasen el pensamiento a través de una rendija, y esa rendija fuera la de la imagen.

Entre los muchos tipos de aforismo que habitan *Las islas sumergidas* se encuentran los rotundos, los impresionistas, los divergentes y hasta los deliciosamente absurdos, aunque diría que las dos variantes que más abundan son, de forma contrapuesta, la máxima y el aforismo lírico. En diálogo con La Rochefoucauld, Rivarol o Joubert se encontrarían un enorme número de observaciones de índole política, tendentes al sarcasmo, la sátira moral y la ironía, como «También la cautividad tiene sus profetas» (2014:13) o «Erudito

3. Sobre esta inadecuación señaló Karl Kraus que un aforismo nunca coincide con la verdad, porque es siempre o bien media verdad, o bien verdad y media (2003).

es quien sabe de todo sin comprender nada de nada» (27). Pero Eduardo García era un escritor de una salvaje lucidez y sabía que, ante todo, hay que sospechar de uno mismo, razón por la que su diálogo con los moralistas no sucede sin que se marque al mismo tiempo una distancia con ellos: «Menos moral y más vida. Sin coartadas, sin poses, sin renuncia» (16). Una afirmación en la que, por cierto, puede leerse otra de sus filiaciones irrenunciables, la del vitalismo nietzscheano, más rastreable como fuente de estos aforismos que, por ejemplo, la inventiva de La Rochefoucauld. Sin olvidar que las verdades a las que aspira el aforismo son, como ha señalado Juan Varo, las de la vida práctica⁴. Más contra el moralismo que contra los moralistas Eduardo García reclama: «Una ética de la abundancia, no de la prohibición» (16). Y declara con ello no solo una ética, sino también una estética paradójicamente inscrita en el género del aforismo⁵.

2. Una *trascendencia en la inmanencia*: verticalidad del aforismo

El aforismo viene siendo concebido por la crítica más esencialista como un género gnoseológico cuyo acceso al conocimiento tiene algo de inexplicable. De esta visión parece deducirse que un aforismo no construye su sentido, sino que lo alcanza, como si dicho sentido preexistiera en un sentido platónico a la escritura; como si un aforismo pudiera ser ajeno a su ejecución, a la negociación incansable de su inconsciente individual y colectivo, a la mano cansada de quien lo escribe o a la pantalla donde lo hace, a la opacidad que resiste en sus palabras o a la historia que lo atraviesa. Desde el Romanticismo, el idealismo trascendental impregna al aforismo igual que a la poesía, pero lo hace con articulaciones que contradicen progresivamente sus cimientos.

Nadie más descreído de lo trascendental que Eduardo García. Ateo militante, su obra poética y ensayística constituye, sin embargo, una conocida invocación al reencantamiento de la palabra. Un reencantamiento que encuentra sus raíces en la respuesta romántica al *desencantamiento* del mundo provocado por el racionalismo ilustrado y a la deshumanización que nos habría privado

4. «La verdad del aforismo: entre la regla y el accidente», conferencia impartida por Juan Varo Zafra el 28 de marzo de 2019, en el seno de la Semana del Aforismo de Sevilla (texto inédito).

5. Fue José Bergamín quien afirmó que «el aforismo no es breve sino inconmensurable; tiene una potencia de expresión inagotable, y en este sentido puede ser también ‘un muñón que pide continuarse’, pero no según las exigencias del pensar, sino según las de la expresión» (1981:123). Haciéndose eco de esa paradoja, Ana Bundgaard establece la siguiente distinción: «Desde el punto de vista del contenido se podría diferenciar entre el aforismo filosófico que aspira a expresar la verdad y el puramente literario abierto y con potencia de expresión inconmensurable» (2002: 74-75).

de nuestra dimensión mítica e irracional⁶. Desde esta postura, García no ignora el parentesco de la escritura con el fenómeno religioso, su arraigo en el ritual y en el mito, su alternativa a la mirada racional y objetivista. Pero lo hace desde una profunda secularización. Su declarado rechazo a la «institución y no tanto a la experiencia religiosa misma» (42) podría analizarse de hecho, desde el marco de los llamados estudios postseculares⁷, como una reapropiación de elementos que el idealismo habría suturado a lo trascendente y las ideologías seculares a lo religioso.

En el capítulo «Introspección y trascendencia», de *Una poética del límite*, se lleva a cabo una exposición de las dos fases de la experiencia mística de comunión con el cosmos desarrolladas por el Romanticismo y posteriormente por el Simbolismo. En la primera se asistiría a una indagación interior, un sumergirse en las «aguas de la imaginación» o en el «pozo del yo», insistiendo en el campo semántico del agua más profunda. A ese repliegue le seguiría un segundo movimiento, de ascenso «a la experiencia del mundo como totalidad» (2005:40). Los aforismos de *Las islas sumergidas* implicarían una continuación de la primera fase de esa experiencia de origen romántico, a la que se extraería su ensueño místico. Hay en ellos, de hecho, una apuesta por la palabra visionaria capaz de desprenderse del tono e ideología de lo profético⁸. Frente al lenguaje religioso, lo inefable que impregna el lenguaje poético no designa, según Eduardo García, «ningún misterio digno de una secta secreta. Inefable es el hecho de existir, sin ir más lejos: ese misterio del ser para el que no hay respuesta. La angustia o el hastío, como la exaltación o la alegría de vivir, son inefables, pues la emoción que se alberga en cada uno de nosotros es, en rigor, incomunicable» (53). Poesía y aforismo dan cuenta, cada una a su manera,

6. La defensa del reencantamiento, como respuesta al racionalismo ilustrado, no es óbice para que se proclame al mismo tiempo la necesidad de recuperar los valores emancipatorios ilustrados frente a la razón instrumental y el mercado (2005: 19). No es posible olvidar, en este punto, que *Una poética del límite* traza una genealogía que se autoproclama al mismo tiempo romántica e ilustrada.

7. La genealogía de este término, de moda en los estudios de filosofía política durante los últimos veinte años, se remonta a la llamada desecularización con la que Peter L. Berger nombró las consecuencias que habría tenido nuestra exposición a formas premodernas de la religión. Los trabajos de Jürgen Habermas, William Connolly o John Rawls vendrían a afrontar el fenómeno, no ya tanto como una amenaza de los fundamentalismos a lo secular, sino como el resultado de la tensa coexistencia de lo secular y lo religioso en nuestras sociedades. No estaríamos hablando, por tanto, de un «regreso de lo religioso» como de un «giro postsecular», entendido como una mutua transformación de las ideologías religiosas y seculares (cfr. Martínez, 2019, en prensa).

8. No puede olvidarse tampoco que el ansiado «cruce de géneros», en el que se incluía una llamada a la fusión de pensamiento y poesía, fue también un proyecto romántico sobre el que habla el propio García y que no es nada ajeno al aforismo (2005: 105).

de ello. Aspiran a «convertir en lenguaje comunicable esa experiencia» (54), una experiencia que, por tanto, preexistiría a su comunicación en un lugar inaccesible a la lógica racional. Se trataría, por tanto, de una verdad profunda, vinculada a la vida y que se expresa en el espacio imaginal de la palabra. Poema y aforismo confluirían en el pensamiento de Eduardo García gracias a ese buceo de la imaginación hacia la verdad.

En *Las islas sumergidas* el aforismo que se escribe no es un reflejo fallido de Dios, pero sí invoca a lo desconocido, a una parte secreta de la realidad, a la que se accede mediante una experiencia inenarrable: «Ser fiel por igual al hueco y al impulso. / Haz y envés, la hoja necesita la caricia del sol. / Pero también la oscuridad que se abisma al otro lado. / Revivir una y mil veces el túnel del nacimiento: / atravesar la oscuridad para alcanzar la luz de un nuevo estado» (2014: 19). Lo oculto tiene en estos aforismos una localización antagónica: se encuentra en los dos extremos de una sola vía vertical que se dirige desde arriba hasta adentro. El viaje espiritual es, de hecho, uno de los temas centrales de este libro que convierte al tránsito en meta y cuyo nomadismo corta el cordón umbilical del absoluto. Quizás por eso un hijo pródigo es libre cuando no regresa a su hogar (14). O cuando se desplaza «de no se sabe dónde a ningún lado» (19).

El viaje vertical de la vivencia literaria se contrapone aquí al viaje del ingenio, que vuela en círculos. Son muchos los momentos en que se le advierte al propio género de sus riesgos: «El aforismo, si no da qué pensar, no es pólvora, sino fuego de artificio» (9). Así, frente a la oratoria, Eduardo García apuesta por un sabio balbuceo muy propio de la tradición extática. El campo semántico de la luz y el fuego es signo de una revelación que pasa de persona a persona, en una especie de carrera de relevos del sentido: «Una ágil levedad. Aguijón del pensamiento para despertar a la luz de otra mirada» (10).

En su forma de interpelar al misterio estos aforismos tienen mucho de oracular. En otro sitio he comparado este carácter tan propio del género con la Teoría del Iceberg, aplicada por Hemingway a la comprensión del relato clásico. Como todos sabemos, según esta célebre teoría:

[...] cada cuento muestra tan solo una octava parte de su totalidad. Una totalidad que el autor mantiene inmersa y nos deja entrever de forma calculada. «Lo más importante –señalaba Ricardo Piglia– nunca se cuenta. La historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión» (108). A diferencia del cuento, podría afirmarse que el sentido de un aforismo no emerge de ningún lugar subterráneo: a él se accede mediante una operación cognoscitiva de elevación. Cuento y aforismo operarían así por sinécdoque, mostrando tan solo una parte de su todo, pero el más allá del cuento se alcanzaría por inmersión y el del aforismo por ascenso (Martínez, 2013b: 6).

Esa misma tradición del aforismo es puesta en crisis por *Las islas sumergidas*, que se inclinan por una epifanía inmanente, o sea, por la inmersión en las aguas profundas del ser o lo que él mismo llamaba «un trascenderse interior» (2005:45). Su apropiación del inmanentismo, capaz de desprenderse del lastre de las viejas trascendencias, es de hecho para Vicente Luis Mora una de las mayores aportaciones de Eduardo García a nuestro pensamiento literario (2017:448). Para el propio García, poema (y aforismo) no pueden en rigor ser ni verdaderos ni falsos, «pues la verdad que expresan trasciende por completo a la irrealidad fáctica, la ficción que ponen en escena: proyección de sentido, revelación» (2005:48). La trascienden, sí, pero hacia dentro. Y lo hacen con una pulsión epifánica e introspectiva que persigue esa otredad no sobrenatural que subyace en la conciencia. Algo que podría definirse como una ascesis invertida, más mítica que mística: una exploración simbólica e irracional hacia el sentido. Quizás de ahí que se afirme: «Para alzar el vuelo lo primero es perder el equilibrio» (2014:16). Casi literalmente lacanianos son, por otro lado, aforismos como «La incógnita en estado puro es el semblante» (26) o «Creemos desear objetos o personas, y en realidad corremos tras fantasmas» (15), donde el fantasma no es otra cosa que el *objeto a*, que siempre se nos escapa, al que no podemos acceder y que se resiste incluso a ser nombrado. Y, si la literatura persigue su misterioso objeto deseo en un viaje vertical, el resentimiento ronda su objeto de odio volando en círculos sobre él (19).

3. Los mundos intermedios: literatura fantástica y revisión del idealismo

Como sucede con la obra poética de Eduardo García, el caudal psicoanalítico de sus aforismos conecta con toda una serie de claves, si no exclusivas, al menos muy propias de la tradición narrativa. Es el caso –emblemático en su obra– del neofantástico⁹, que el propio García lee a través de Mircea Eliade como un mito secularizado inscrito en la inmanencia, frente al deseo de recuperar la unidad perdida que habría tenido su variante romántica. Lo que fractura ahora el prodigio es la normalidad, nuestro aquí y ahora (2005:127). Dentro de esta variante desacralizada de lo fantástico ocuparía un lugar privilegiado la figura del doble. *Las islas sumergidas* aluden a la existencia de este personaje, que unas veces es interior y otras se proyecta como un yo más oscuro hacia fuera: «A mitad de una frase sorprender en tu voz al enemigo» o «Un extraño se embosca en el espejo. Sangre de tu sangre, tu enemigo» (2014:25). En su

9. El neofantástico es en la obra de Eduardo García una vía para dar cuenta de lo inefable, mediante una exploración de lo que él llama «región imaginal» y mediante la «inmersión en las aguas del símbolo» (2005: 147).

variante moderna este *doppelgänger*, que puede considerarse una aportación alemana a la tradición gótica, nace de la figura romántica del «hombre subterráneo», en la que se encarna una verdad íntima que necesita ser expresada y que, como señalaron Juan Carlos Rodríguez y Álvaro Salvador, solo puede lograrlo por una vía irracional (1994:191). Desde Jean Paul Richter, a finales del siglo XVIII:

[...] el doble viene sintomatizando la quiebra interna del racionalismo humanista. Edgar Allan Poe inaugura en 1839 un doble, William Wilson, que ya no es la encarnación del mal que hay en cada hombre, sino la voz de su conciencia, la esquizofrenia que estructura toda psique. Dando un paso más, *El doble* (1846), de Dostoievski, parece señalar como causa de esa esquizofrenia la presión de la maquinaria de Estado y las convenciones burguesas (Martínez, 2013a:83).

Ambos modelos formarán parte de la temática a lo largo de todo el siglo XX y atraviesan *Las islas sumergidas*, cuyo título parece apuntar al hombre subterráneo y al inconsciente, pero también a la mera existencia del otro lado, una alteridad que es de por sí una dimensión poética de lo real. Así, leemos en un aforismo: «Bajo la superficie de las cosas, su reverso. / Ir al encuentro de las islas sumergidas» (2014:10). Como corresponde a la tradición española, este doble adquiere a veces en Eduardo García un tinte socarrón, que ya utilizaba Juan de Mairena cuando decía que el «otro yo» es «un fantasma mío que puede a su vez convertirme en un fantasma suyo». Vamos, que es «un fantasma de mala sombra» (Machado, 1993:287-288). En un aforismo de García el extraño que se embosca en el espejo tiene «sangre de tu sangre» (2014:25). Nunca se sabe cuál de los dos yoes será el genuino. Para metaforizar su movimiento este libro recurre de nuevo al simbolismo machadiano. Si la conciencia era en Machado una noria de agua girando eternamente sobre sí misma, en Eduardo García «el verdadero viaje es vertical: galería que accede a las profundidades, surtidor» (28). En la introspección planteada en estos aforismos el sujeto sumergido tiene una estructura de espacios vacíos y comunicados entre sí, como ya señalara Vicente Luis Mora para su poesía (2017:451).

Hay revelación en *Las islas sumergidas*, aunque esta sea más bien de carácter postsecular: «Lo angélico mundano, un milagro sin Dios es cuanto somos» (2014:30). Gracias a esa fe atea en el prodigio, a esa *voluntad de vislumbrar el eco del misterio*, la visión extática se concreta en una forma deseable de enajenación. Y creo que es en ese enajenarse, en ese salir de sí o hacerse otro, donde la *trascendencia en la inmanencia* de sus aforismos conecta con la figura

recurrente del doble¹⁰. Desarrollando esa misma temática, quien habla aquí es a menudo ventríloquo, porque detrás de toda voz siempre hay alguien camuflado. O incluso *algo*, porque el espejo es también la casa de nuestro animal sometido, de esa criatura que viene doblegando el humanismo domesticador.

El doble, el extraño, el yo enemigo presente en los aforismos de *Las islas sumergidas* fue gestándose, en realidad, a lo largo de toda la obra de Eduardo García. En el 2008, por ejemplo, *La vida nueva* se planteaba ya como un descenso a los infiernos de la intimidad, una experiencia transformadora que nos devuelve a un hombre distinto, extranjero, y lo instala en un vitalismo muy consciente. Hasta llegar ahí fue necesaria una larga evolución. *Las cartas marcadas* (1995) partía del realismo figurativo para emprender la búsqueda de un diálogo frontal con el lector. Con *No se trata de un juego* (1998) comienza tal vez una segunda fase poética que abarca también su siguiente poemario, *Horizonte o frontera* (2003), donde el poeta despliega toda una serie de recursos procedentes de la literatura fantástica para hablar de la cara oculta del mundo y lo humano. En estos poemas de lógica infalible y llenos de suspense hay sitio para la magia, el misterio, lo inconcebible, que siempre están al otro lado: «Al fondo de mí mismo hay cuatro puertas. / Desciendo por el pozo hacia los hondos / canales que me surcan. Pecho adentro / cruzo la oscuridad a ciegas. Voy / palpando las paredes. Ahora el aire / es más puro. Vislumbro el resplandor» (2017:202).

Es quizás en el paso de la figuración realista a la dimensión fantástica donde nació la voz de Eduardo García. Su poesía fue durante mucho tiempo un pasaje hacia lo oculto de la psique y las emociones. Sin embargo, a partir de *La vida nueva* lo oculto rebosa, fundiendo dos mundos que antes separaba el cristal del espejo, la página del libro, como sucede también en sus aforismos: «Soñar la vida: hacer surtir las aguas subterráneas» (2014: 13). El poeta no necesita despertar con la flor de Coleridge en la mano (o sea, con una prenda trascendental), porque su propia realidad es un campo en el que crecen las malas y buenas hierbas del sueño. La frontera poética se vuelve así porosa, ensancha sus grietas, siguiendo el imaginario juarrociano que le fue tan afín. Y, de uno a otro lado, el hombre fluye. No es extraño que sea precisamente en esta fase de su poética cuando irrumpe la escritura aforística. Su entrada en un género que, como he señalado en otro lugar:

10. En *Una poética del límite* (2005) escribe García: «De ahí que la única transcendencia que aún nos es dado alcanzar sea la imaginal: una transcendencia interior, psicológica, que opera en la inmanencia» (129).

Desorienta sin cesar la clausura del sentido, multiplica sus estallidos singulares. No teme la palabra fin, sino que edifica sobre ella. Y cuyos sentidos son, por todo ello, constantemente escritos y borrados. No se trata, en este punto, de subrayar la acentuada polisemia del género, sino más bien de constatar la apertura en su discurso de una brecha que no se deja coser. Una brecha por la que se pierde sin remedio parte del sentido, como se pierde la sangre. La escritura aforística padece, podría decirse, un deseo limítrofe. Un ansia que cuestiona la seguridad del texto, la oposición entre centro y periferia, dentro y fuera, lleno y vacío (2013b: 6).

Con esta sed de margen se identifican, no ya los aforismos de Eduardo García, sino toda su *poética del límite*, de la frontera donde uno y otro lado fluyen. De hecho, su realismo visionario implica una aspiración a nutrirse de las dos caras del mito: la narrativa y la poética¹¹. En este punto creo que su universo conecta mediante procedimientos neofantásticos con los mundos posibles de Leibniz¹² y sus «verdades intermedias», esas que no responden ni a la voluntad de Dios ni a la razón matemática, sino que tratan sobre lo potencial. Hay en *Las islas sumergidas* una entrega simultánea a los modos reales y jamás realizados del ser: «Incumbe al poeta tejer el horizonte de un futuro imposible, abrir brecha a un pensamiento condenado de antemano» (2014:50).

Los aforismos de Eduardo García están sembrados de puentes, puertas, ventanas, grietas y fronteras, que se atraviesan y se habitan. «En la fractura feliz –escribe– reconocemos la gracia repentina: doble salto mortal para caer de pie» (57). Sus mundos intermedios, su estado de tránsito, se materializan en una deriva que sucede en el aire y en el agua, que insiste en los extremos de la verticalidad. Aire y agua son, además, en esta travesía signos de su carácter efímero: «Amar la contingencia: tender los puentes de la posibilidad» (14). Ambos espacios, el del aire y el del agua, llegan a fusionarse como lo hacen a menudo uno y otro lado: «Ser un reguero en llamas sobre el agua. Improvisado acróbata: desafiar la gravedad» (15).¹³

11. Para Eduardo García, puede hablarse de la existencia de una poesía fantástica que se habría deslizado hacia la prosa a lo largo del siglo XIX, cuando la tradición visionaria se impuso en el poema. El poema fantástico del Romanticismo tendría así, según él, una continuidad en el cuento fantástico posromántico (2005: 116).

12. Es significativo aquí que Leibniz fuera uno de los máximos representantes del idealismo inmanentista, junto con Berkeley, Hume o Wolff. Una variante poética contemporánea del mismo sería el idealismo inmanentista de Juan Ramón Jiménez, que Eduardo García denomina «misticismo inmanentista» y que lee como «una línea secreta de introspección y puesta en escena del sueño» (2005: 103).

13. Aforismo que recuerda a la girándula, esa rueda de cohetes sobre el agua que dio título a un caligrama de Guillermo de Torre y reaparece luego en Pere Gimferrer, que escribe: «se podría / vivir en soledad o en éxtasis / girándula del mar o rosa de los vientos» (2018: 25).

4. Conclusiones

En un ensayo titulado *El odio a la poesía* (2016) Ben Lerner entiende el territorio no doblegado de un verso, su ambigüedad, su *hueco misterioso* como una pista que dejaría el poema ideal sobre el poema real para demostrar su existencia. Los grandes poetas serían, desde este punto de vista, aquellos capaces de evidenciar la existencia del poema del *más allá* en el *más acá*. Esa misma lógica sería aplicable al aforismo (que, al menos desde Nietzsche, adolece de una bicefalia filosófico-poética), pero dijo Walter Benjamin que la poesía dejó de apuntar al absoluto después de Hölderlin, en lo que se ha llamado un desfallecimiento de lo mitológico. ¿Quiere decir eso que un poema o un aforismo no tienen un territorio irreductible? Yo creo que sí, pero que no depende de una entidad trascendente, sino de lo real, siempre que entendamos lo real como el lugar de donde brotan mundos imprevistos. Ese territorio irreductible está muy presente en toda la obra de Eduardo García, que escribe: «El aforismo es un turbio fognazo. Nunca alcanza a explicarse. Pero quema» (9). *Las islas sumergidas* abrazan la incertidumbre y proclaman la necesidad «de renunciar a la tierra firme», de «confiar en el viento y las mareas» (20). Su poética de la deriva se opondría en este punto a la del famoso manifiesto de Nicanor Parra, donde el chileno proclamara: «Somos tierrafirmistas decididos» (1983:157). Aunque en realidad, contradictoriamente, es posible que Eduardo García comulgase con la llamada de Parra a una «cabeza fría» y un «corazón caliente» (157).

En los mundos intermedios de *Las islas sumergidas*, en el *espacio transicional* que constituye su palabra el yo se proyecta fuera de sí para encontrarse en su extrañeza con el otro¹⁴. «La palabra ajena siempre es extranjera», dice un aforismo (2014:28). La palabra propia también, podríamos añadir siguiendo la lógica de García. Porque lo extranjero no es algo que está enfrente, sino que nos habita. Y que lo hace no ya como haría un doble moderno, sino como una auténtica multitud: «Nuestro nombre es un signo vacío. Cada persona con la que nos cruzamos despeja la variable a su manera. / Nunca sabremos cuántos hombres designa nuestro nombre» (26). Porque el sujeto, como dice en otro lado, es a menudo una asamblea sin presidente (25).

Los aforismos de Eduardo García son, como sus versos, flechas apuntando al misterio. Un misterio que, en su caso, no reside en el ideal, sino en una pregunta: ¿En qué puede convertirse la palabra al volverse ajena? Es el encuentro

14. El *espacio transicional* sería, para Eduardo García, ese lugar desde el que hablaría el poeta, una tierra de nadie en la que es posible su constitución ficcional y su realidad más profunda, el lugar donde se manifiesta su verdad (2005:13).

con el otro lo que hace misteriosa la potencia de estos aforismos y también lo que convierte a la escritura en «la más solitaria de las tareas colectivas» (60).

Bibliografía citada

- BENJAMIN, W., «Two Poems by Friedrich Hölderlin», en *Selected Writings*. Vol. I. Bullock and Jennings (ed.), Cambridge, Harvard UP, 2011, pp. 33-34.
- BERGAMÍN, J., *El cohete y la estrella* [1923]/ *La cabeza a pájaros* [1934], Madrid, Cátedra, 1981.
- BUNDGAARD, A., «Fragmento, aforismo y escrito apócrifo: formas artísticas del pensamiento», en Juan Francisco García Casanova (ed.), *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*, Granada, Comares, 2002, pp. 67-94.
- CAMACHO, C., *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1900-2014)*, Sevilla, Vandalia, 2018.
- GARCÍA, E., *No se trata de un juego* [1998], Granada, Diputación Provincial, 2ª edición con prólogo de Andrés Neuman, 2004.
- GARCÍA, E., *Una poética del límite*, Valencia, Pre-Textos, 2005.
- GARCÍA, E., *Las islas sumergidas*, Granada, Cuadernos del Vigía, 2014.
- GARCÍA, E., *La lluvia en el desierto. Poesía completa (1995-2016)*, Sevilla, Vandalia, Fundación Lara, 2017.
- GIMFERRER, P., *Seremos claridad (antología 1962-2018)*, selección y prólogo de E. Martínez, Ayuntamiento de Granada, 2018.
- KRAUS, K., *Dichos y contradichos*, Barcelona, Minúscula, 2003.
- LACOUÉ-LABARTHE, P., *Heidegger: la politique du poème*, Paris, Galilée, 2002.
- LENER, B., *The Hatred of Poetry*, Farrar, Straus & Giroux, 2016.
- MACHADO, A., *Juan de Mairena*, Cátedra, Madrid, 1993.
- MARTÍNEZ, E., *Entre bambalinas. Poetas argentinas tras la última dictadura*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2013a.
- MARTÍNEZ, E., «Ideas en desbandada. Notas sobre el aforismo contemporáneo», *Ínsula*, 801 (2013b), pp. 3-7.
- MORA, V. L., «Reencantar el mundo: el legado poético y ensayístico de Eduardo García», en *La lluvia en el desierto. Poesía completa (1995-2016)*, Sevilla, Vandalia, 2017, pp. 427-467.
- NEUMAN, A., «Eduardo en el oído», en *La lluvia en el desierto. Poesía completa (1995-2016)*, Sevilla, Vandalia, 2017, pp. 9-17.
- PARRA, N., *Obra gruesa*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1983.
- ROCA JIMÉNEZ, J. A., *El poder, la patología del poder y otros asuntos más*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial, 1999.
- STAVANS, I. y VILLORO, J., *El ojo en la nuca. Conversaciones*, Barcelona, Anagrama, 2004.